

monteses por Napoleón III se entabló la lucha cuyas batallas más importantes son la de Migenta y Solferino, ganadas por los aliados y que como consecuencia de gran número de bajas calculada en 18.000, por parte de los aliados y en 22 mil por los austriacos, se vió reclamar los auxilios de la Caridad toda vez que si los imperfectos servicios sanitarios de aquel tiempo, ni los mejores que se pueden reunir en los ejércitos actuales, han de ser suficientes á prestar un poco de auxilio á tantos miles de combatientes desgraciados que tendrían que morir muchos de ellos á no ser por el solícito cuidado con que sus jefes atienden á honrar la desgracia del valor vencido, procurando inculcar en los naturales del país hermosas ideas de sentimiento y caridad para que todos contribuyan á esa benéfica obra de reparar males inevitables en la lucha armada. Este hecho fue el que sirvió de base al inolvidable Mr. Donant para que en 1862 llevase con el celo infatigable del misionero y el valor de un espartano, hasta introducir en los palacios de las cortes europeas la revelación de los horrores que se ocultaban tras de los costosísimos laureles de la victoria y las gemidos que no se oyen por perderse entre las aclamaciones de triunfo y de este modo con sus continuos trabajos convenciendo á la opinión pública de lo hermoso de sus manifestaciones consiguió aumentar de una manera considerable el espíritu caritativo de aquella época y como resultado final el convenio de Ginebra en 1864.

A. O.

Un poco de Higiene Pública

Con motivo de la epidemia variolosa

Entre las ciencias que han progresado más rápidamente, figura en primera fila la Higiene, de la que podemos decir sin pecar de exagerados, que en la actualidad es de las que encierran mayor caudal de conocimientos científicos.

Era racional que imitando á otros países hubiésemos ido aclimantando en el nuestro, los sabios consejos y las sabias prescripciones que dicha ciencia abarca, y que á fuerzas de leyes y decretos por parte de nuestros gobernantes y de obediencia y buena voluntad por la de los gobernados, se hubiera conseguido la desaparición de esas enfermedades infecciosas como la viruela, que son la vergüenza y baldón de aquellas capitales en donde permanecen endémicas, constituyendo, su exacerbación verdaderas epidemias y nos referimos á la viruela por ser la causa de mayores estragos en esta localidad.

Dice un respetable autor en una obra de Terapéutica recientemente publicada, al hablar en uno de sus capítulos del tratamiento de la viruela, que es una enfermedad impropia de los países civilizados sin hacer otros comentarios, ¿entonces no se le ocurrirían si supiese que aquí es endémica?

Por si las cifras nos sirvieran de estímulo, conviene citar algunos datos respecto á la mortalidad que alcanza esta infección en el extranjero: en el año 1820 ocurrieron en París 82 defunciones por esta considerable mortandad, clamaban indignados los políticos, tanto profesionales como po-

líticos, bien es verdad que en el mismo año ocurrieron en Berlín solamente 3 defunciones y en todo el Imperio Alemán 50, cifra que descendió á 40 en el año 1891, siendo digno de hacer constar que la mayoría de las defunciones tuvieron lugar en países fronterizos á los cuales había sido importada por gentes de las naciones vecinas; si estableciéramos una proporción veíamos que la mortalidad, es de uno por cada millón de habitantes. ¿Que dirían esos sabios higienistas si llegasen á enterarse que en una capital de 40.000 almas como Almería, se mueren de viruelas más que de cualquier otra clase de enfermedades?

Y hasta de consideraciones que de bien poco sirven. Existiendo como aquí existen, tantos focos de viruelas como distritos hay, focos que son una amenaza constante, no solamente para el centro de la población, sino para los pueblos vecinos, es ya tiempo de que nuestro Ayuntamiento que tantas pruebas está dando de su buena administración y de su interés por la salud pública, haga algo práctico y no emplee ningún paliativo contra este peligro.

Contando con los medios disponibles hoy día y con un poco de constancia, se podría conseguir sino la desaparición absoluta de esta enfermedad, eterna pesadilla de los Ayuntamientos, y cuyo gérmen ostentaría orgulloso el actual Alcalde, por lo menos que disminuyeran esos guarismos aterradores con que contamos sonrojarnos; dice el ilustre Virchow con sobrada razón, que la viruela y la fiebre tifoidea, es á las capitales descuidadas lo que los piojes á los individuos descuidados.

Con solo seguir algunos de los principios más rudimentarios de Higiene, creemos se lograría lo anteriormente expuesto y por si alguno de los que puedan hacerlo, leyera en estas regiones enumeraremos los siguientes: